

Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA.

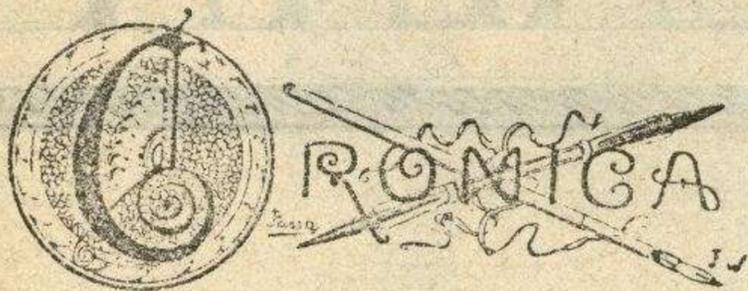


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



No se habla de otra cosa que de nuestro rompimiento comercial con Francia.

La nación vecina nos ha dado otra puñalada traquera.

En 1808 éramos tambien muy amigos, nos entusiasmábamos con Napoleón y con las batallas que daba, y un día se nos presentó este conquistador dentro de casa y dijo: Esto es mío.

Lo peor es que ahora, con pretexto de la ruptura esa, todo se ha puesto por los cielos.

Los cafeteros ¡ya se vé! son las primeras víctimas de los aranceles, y han subido todo lo que en los cafés se consume.

El café treinta céntimos, los aperitivos sesenta; ya no hay baño de piés en las copas. De todo hacen responsable al rompimiento con Francia.

Pero ¡ay! que tambien han subido las gaseosas, las cervezas del país y el vino que se consume.

¿Nos quieren Vds. decir, señores cafeteros, qué gaseosas, cervezas y vino usual nos viene de Francia? (1)

Los tenderos han hecho lo mismo, y han subido todos sus mercancías, aunque procedan del país.

Tenemos aquí aquello de á rio revuelto ganancia de pescadores.

Con pretexto de los aranceles, el casero nos va á subir el piso, las empresas teatrales las entradas, los peluqueros el hacernos la barba, la nodriza la leche, la Tabacalera el veneno y los farmacéuticos el agua.

Todo lo viene á pagar el último mono: el consumidor.

Entre los explotadores extranjeros y los vendedores indígenas nos van á arrancar la piel.

Y para lo que ya nos sirve...

Malas jugarretas nos hacía el Gobierno cuando se hallaba encargado de suministrarnos el tabaco, pero la Tabacalera le ha hecho bueno.

Expende esta Sociedad de envenenadores cajetillas de tabaco picado, cubierta colorada, á cuarenta céntimos, que es lo único que se puede fumar. Naturalmente, como á falta de pan buenas son tortas, los fumadores se dieron á consumirlas.

Pero la Tabacalera fabricó al mismo tiempo otras cajetillas de hebra, tambien á cuarenta céntimos, y como se llevan la garganta y saben á paja, el público no las compraba.

¿Qué ha hecho la Tabacalera? Ha retirado de la venta las cajetillas coloradas, á fin de que consumáramos las de hebra que había fabricado en grandes cantidades, y hoy los fumadores estan que trinan.

Como esto se ha prestado al agio, hay quien ha hecho acopio de cajetillas encarnadas y las vende á dos reales, dos y medio, y hasta tres.

(1) Después de escritas estas líneas, los cafeteros han restablecido los antiguos precios.

Asi son todas las cosas y todos los servicios de España.

Agio, desbarajuste, imprevisión, burla y descaro.

En la isla de Cerdeña se ha dado un alcalde que va á hacer morir de envidia á más de cuatro de los que tenemos en España.

Este celoso funcionario se dedicaba á administrar justicia á sus conciudadanos con la más perfecta observancia de la ley.

Se solía ausentar algunas veces del pueblo y nadie sabía donde iba. ¡Acaso á meditar en algun apartado sitio sobre el bienestar de sus administrados!

Lo cierto es que el virtuoso alcalde volvía muy contento de sus expediciones.

Pero nada puede pertenecer oculto en este mundo vil. Por fin se supo que el señor alcalde había organizado una partida de bandoleros y distraía sus ocupaciones robando hasta los clavos de los zapatos de los infelices viajeros.

De este modo esta autoridad pudo acumular un buen capitalito sin necesidad de emporcarse las manos en los bienes del comun.

Pero los tribunales de justicia italianos han cogido á nuestro alcalde, ó mejor dicho, al alcalde de la isla de Cerdeña, lo han juzgado y lo han condenado á nueve años de presidio.

Por que alguna diferencia ha de haber entre salir á un camino y robar tranquilamente en las poblaciones desde una mesa de despacho.

¡Pobre alcalde!

En España no hubiera tenido necesidad de andar por montes y barrancos para redondearse.

El cerdo avanza á pasos agigantados por el camino del progreso.

El otro día lo leí en *El Diluvio*.

En uno de los teatros de Amberes se exhibe en la actualidad un cerdo, que va á causar una revolución en el ramo de los que nos proporcionan los embutidos. Y no nos referimos á los matadores de cerdos ni á los que nos los venden en pedazos, sino al propio cosechero, al mismísimo lechón.

En el teatro *Eldorado* del propio Amberes —no se vaya á creer que es en el de Barcelona— saca una persona un lechoncillo adornado con sayas, zapatitos y cofia, cual lechoncillo llora como un niño, y dice papá y mamá como una persona.

Agrega el propio *Diluvio* que muchas personas se enternecen al oírle.

Eso es cuestión de costumbre. Nosotros que oimos hablar á borricos y discurrir á patos y perorar á dromedarios, no nos habíamos de conmovir con las frases soltadas por un lechoncillo de poco mas ó menos, cuando se ven por ahí niños pringosos que leen de corrido y hablan como sacamuelas.

De todos modos, ese tostón que habla en Amberes, Dios sabe lo que llegará á hacer con el tiempo, cuando entre en la edad viril.

Es muy probable que se meta á concejal, ó que pare en banquero, despues de enriquecerse en la Bolsa.

De esos lechones precoces no se puede decir que

acabarán mal, como se dice de los niños también precoces.

Un cochino sabio, como es el á que nos referimos, se ha de ver por fuerza libre de la fatal cuchilla que se ceba en sus compañeros. Sería una lástima comerse la cabeza de un cerdo que tan bien discurre.

Además ¿quién sabe si detrás de ese gorrino, vendrán otros, y otros, y otros, y tengamos una gorrinada académica que alterne con las personas?

Por el camino inaugurado por el precoz lechón de Amberes, no sería extraño que dentro de ocho ó diez años viésemos cerdos auténticos por los teatros, paseos y cafés, echando chicoleos á las niñas y vestidos de última novedad.

¿Quién se atreverá entonces á comer carne de tocino? Muchos acaso creerían que se comí ansu propia carne.

Esos tales deben tomar desde ahora sus precauciones para comer embutidos, porque es muy fácil que las salchichas se les levanten en el plato y les digan: ¿Qué vais á hacer, desgraciados?

La *coba* de *El Diluvio* nos ha caído en gracia, porque revela las tendencias humanitarias de dicho colega.

Hace tiempo que se dedican á vindicar el mono.

Ahora quiere hacer lo mismo con el cerdo.

Nos parece que ha llegado la ocasión de decirle: ¡Buen provecho!

* * *

En París ha aparecido una ayunadora que hace la competencia á Succi y Merlatti.

Se llama miss Nelson, es norte-americana, y es bastante guapa.

En una semana que lleva de dieta ha perdido cuatro kilos.

Como ha de ayunar setenta días, antes de llegar á la meta se nos va á evaporar.

Yo no sé lo que sale ganando la humanidad con estas pruebas, y es triste cosa ver á todos esos ayunadores teniendo que estar á dieta para poder comer.

Succi vive, como Merlatti, de no comer.

Miss Nelson, que ha sido cantadora de café, se va á dedicar á lo mismo.

Cuanto menos comen mejor pueden comer, lo que parece un absurdo.

En fin, allá ellos.

Por mí se pueden estar sin comer toda la vida.

De esta manera contribuirán mejor á la emancipación del cerdo, á que nos referimos en el apartado anterior.

ELIDAN.

EN DEMANDA DE UN CONSEJO

Carta que envío á mi hermano M. S. B. á América del Sur.

Mucho tardaré en tener contestación y saber, de un consejo que te pido cuál será tu parecer..... y el caso es comprometido. Pero, aunque puedan pasar dos ó tres meses, Manolo, tu consejo he de esperar; pues sé que te pintas solo en cuestión de aconsejar. Es el caso, que quisiera hallar el modo ó manera de mis patronas huir; porque con su charla fiera nadie las puede sufrir.

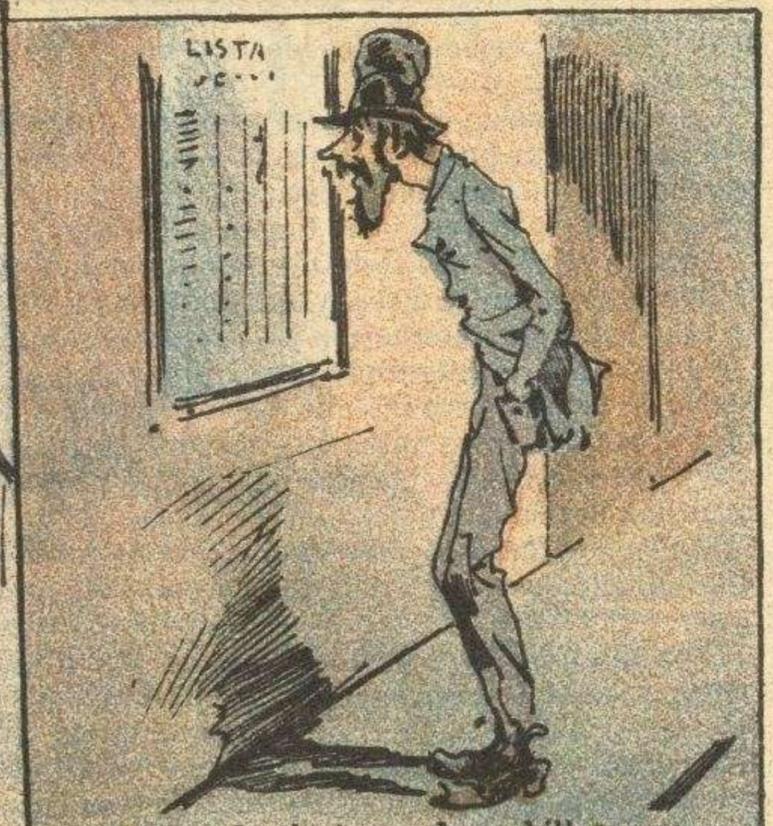
Te explicaré cuanto pasa, y no lo tomes á guasa, pues verás por mis razones, que esta casa... en vez de casa es un nido de gorriones. ¡Qué manera de charlar! ¡Qué modo de discutir! Y hasta se saben reír cuando me sienten gritar que no me dejan dormir. Figúrate que tres son... (cual las tres hijas de Elena) te ruego mucha atención que, ahora levanto el telón... y las verás en escena.

Doña Flores de Casuso es viuda de un viajante; yo sus servicios rehuso..... como patrona es cargante, como viuda... está en buen uso. Mas, me llena de estupor ver que su gusto mayor es vernos abrir la boca, pues siempre que á comer toca no abandona el comedor. Y allí está continuamente, con su charla impertinente contándonos mil bobadas, cosa que á mí, francamente, me da doscientas patadas. Aquello es más que aburrido, pues dice á los comensales, que todo mi parecido y mis aires, son iguales á los de su buen marido. Esto, se puede creer, pues jugar, es su placer, y si algún día jugó muy bien ha podido ver los aires que tengo yo. Además de esta *viudita* que ya ves..... es un tesoro, está también su *hermanita*, por desgracia... *solterita*; pero tiene un pico... de oro. Soltera... y es la mayor, pero la dotó el señor de génio tan singular que yo... ni con tenedor puedo á Susana tragar. Nadie la tiene respeto, uno, la llama esqueleto, cartílago, ó pergamino... y á mí, me parece un feto en espíritu de vino. Hoy cuenta sesenta abriles, y en sus tiempos juveniles, según dijo la portera, pretendientes tuvo á miles... pero se quedó soltera. También debo mil favores, aunque arma líos mayores, á una muchacha divina que es Tomasa, la sobrina de Susana y doña Flores. Y esta, en unión de sus tías..... (por si ella fuese muy poco) arman tal galimatías... que van á volverme loco en menos de cuatro días. Conque, escribe por piedad, y á toda *velocidad*

LA LOTERÍA



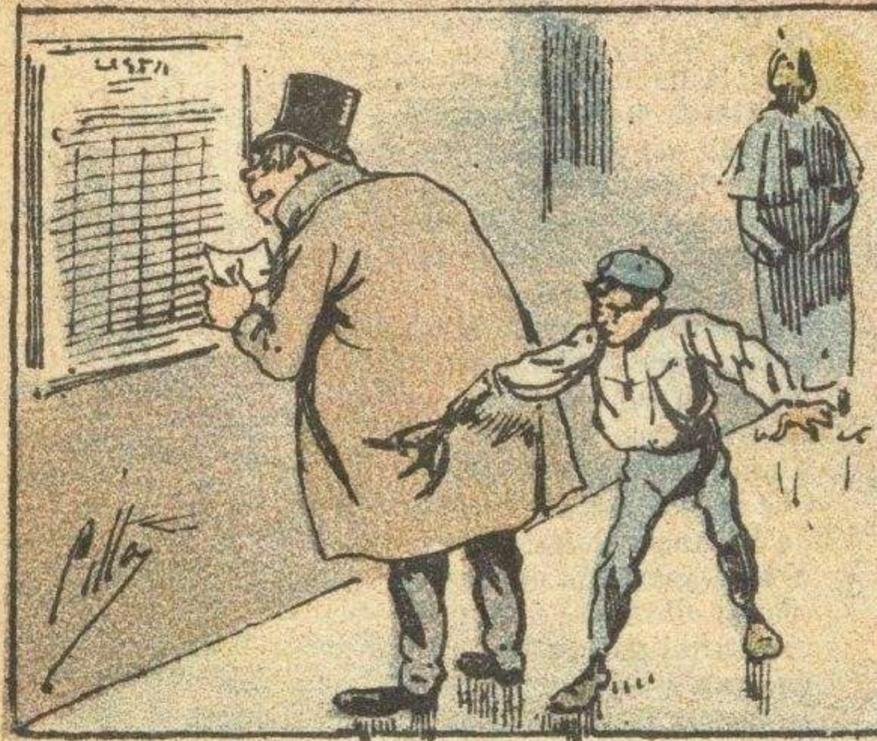
—¡Ole, ole! ¡Seis dures! Esta noche llevo a cenar a aquella a la salud del Gobierno.



Mirando el número de un billete que lleva hace diez años.... de boquilla.

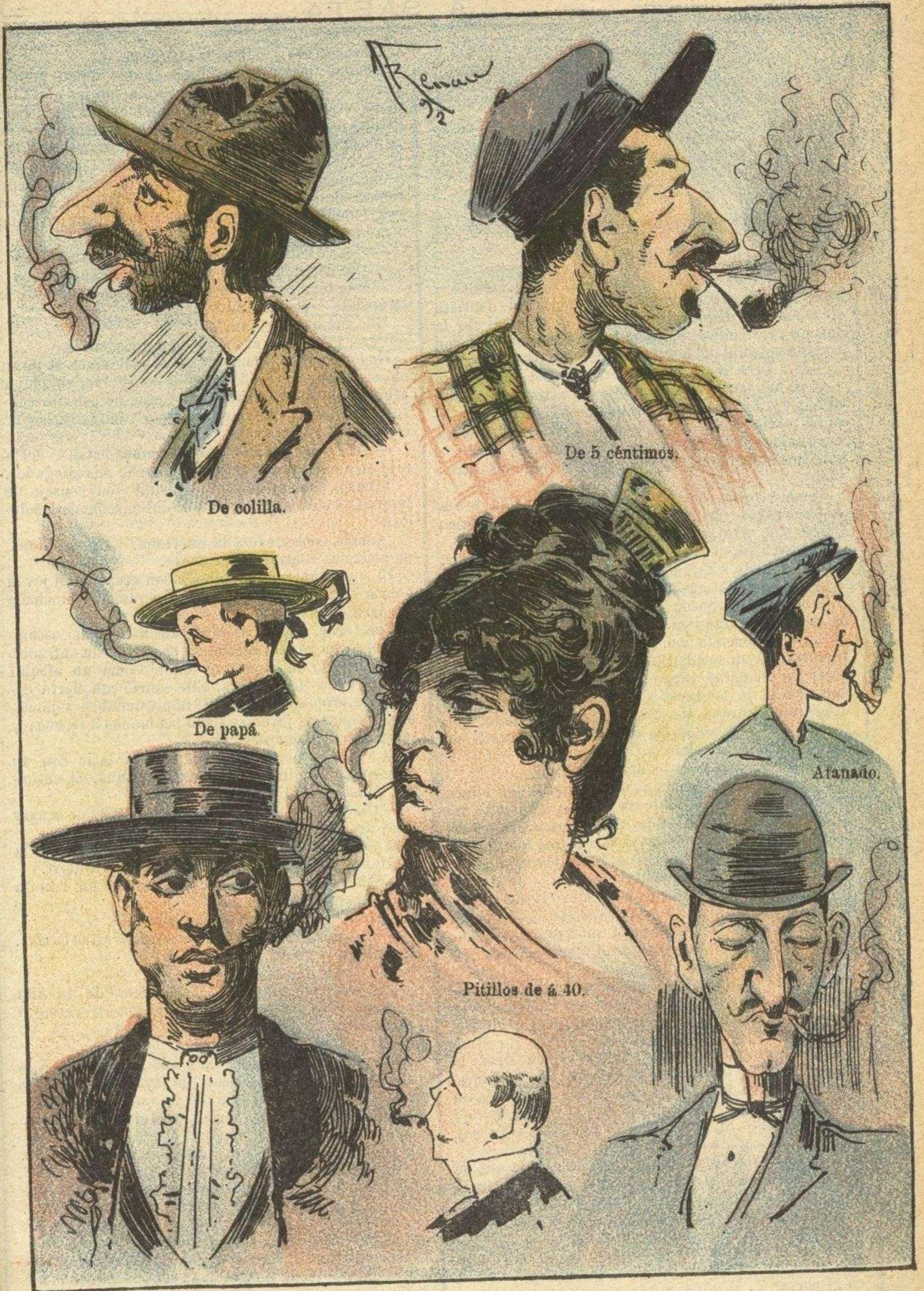


—¡Por dos números no he sacado el premio gordo! ¡Ni la aproximación siquiera! ¡Haaam! ¡Me pegaría de bofetadas!



—¿Ha sacado V., señorito?
—No.
—Pues yo sí.

LO QUE SE FUMA



Renau

De colilla.

De 5 céntimos.

De papá.

Afanado.

Pitillos de á 40.

De á peseta.

Con faja.

De hebra.

un consejo bueno y sano
que si no... en la eternidad
verás muy pronto á tu hermano.
Y si no hallo solución,
buscando mejor retiro,
cambiaré de habitación,
pero antes voy y las tiro
á las tres, por un balcón.

ISAAC SARABIA BARBERO.

ISIDORA

Isidora había quedado huérfana á los treinta y siete años, y gracias á que madame Chirot, dentista de cámara y habitante en el piso principal de la misma casa en que aquella vivía, le había dicho con toda la solemnidad propia de las circunstancias:

—Yo serré la segunda madre de osté, sidorríta.

A no ser por este ofrecimiento generoso, Dios sabe el número de desgracias que habrían oscurecido la pura frente de la virgen huérfana. Porque Isidorita era tímida é inocente como una codorniz, y todos sabemos en cambio, que los hombres son unos atrevidos.

Muchas veces, cuando la melancolía hacia presa en su corazón, Isidora bajaba al cuarto de madame Chirot y se arrojaba en sus brazos gimiendo.

La dentista, entonces, empezaba por preguntarle:

—¿La duele á osté alguna muela?

—No; no es la muela; es el alma.

—Sufra usted poco, sidorríta; sofriendo mucho se estropea la dentadura.

Inútil recomendación. La huérfana no podía acostumbrarse á su soledad forzosa, y cada vez que al bajar las escaleras veía en el portal el escaparate-muestrario de madame Chirot, donde, entre otros utensilios, figuraba una cabeza de jóven rubio, con cuello postizo y pelos de estambre, el corazón de Isidora latía con violencia.

—¡Ay! ¡Si pestañeara!—decía para sí.

Después, contemplando aquella hermosa dentadura que se movía por virtud de un resorte, haciendo desaparecer los dos dientes del centro, para presentarlos algunos segundos después más bellos que nunca, se figuraba estar en presencia de un jóven al natural, aficionado á juegos dentarios.

Pero aquella situación no podía durar mucho tiempo. Isidora era bella relativamente, y á no ser por cierto bigote indiscreto que interrumpía la corrección de sus líneas fisonómicas, podría pasar por una criatura casadera.

Así debió comprenderlo un jóven lánguido, de mirada expresiva y chaquet color de canela. Este jóven comenzó á pasear la calle en que habitaba Isidora y á dirigir los ojos al balcón.

Ella le miró con enternecimiento; él se llevó la mano á la boca; tal vez para enviarla un beso imaginario: el beso de un alma que busca otra alma en el infinito.

—Madame— dijo Isidora á la dentista.—Yo soy objeto de asechanzas amorosas. Mire usted.

Y le mostró al jóven del chaquet de canela que se había metido en el portal y examinaba el escaparate de madame Chirot.

—¿Quiere osté que le hagamos subir parra pedirle esplicaciones?— preguntó la francesa.

—No; considero prematuro el paso —dijo Isidora.— Se conoce que es tímido de suyo; por eso se oculta en el portal.

—Lo que parece es que está mal alimentado.

—Ya sabe usted que el amor no permite echar

muchas carnes — objetó la huérfana.

Isidora amaba ya al jóven canela, quien por su parte, se pasaba la flor de su vida con los ojos clavados ora en el balcón, ora en el escaparate. Esto último lo atribuía Isidora al deseo de disimular y de no comprometer su reputación de huérfana sencilla, la cual huérfana, de pié en el balcón, esperaba que asomase su fiel canelo, y cuando le veía aparecer, teñíansele las mejillas del más vivo carmin. El á su vez, lanzaba un hondo suspiro y se llevaba la mano á la boca.

—¿Lo ve usted?—decía Isidora á madame Chirot.

—¿Ve usted cómo me envía besos amantes?

—Más bien parrese que tiene un flemón y que se lo aprieta— contestaba la dentista.

Ello fué que un día...

Pero, pongamos al lector en antecedentes.

Godofredo de Chinchón, que así se llamaba el jóven del chaquet, era tímido, y antes de resolver cualquier asunto, por insignificante que fuese, necesitaba consultar á todos sus parientes, por ambas líneas de consanguinidad.

—Tengo que mandar hacerme unas botas —decía á lo mejor;— consultaré la opinión de mis allegados.

Y hasta que se resolvía el asunto en consejo de familia, Godofredo andaba por ahí enseñando los dedos.

¿Amaba Godofredo á la huérfana? Esto es lo que no podemos contestar por ahora.

El que hubiese examinado con atención al jóven habría podido notar que tenía ligeramente hinchado el carrillo derecho.

Una tarde, Isidora salió al balcón como de costumbre; el jóven canelo estaba en el portal de enfrente. inmóvil como un macero y pálido como un albañil que se retira de la obra. Ella sonrió con cierta coquetería propia de las almas impresionables y jomanas. Después el jóven se llevó las manos á la boca y lanzó un ¡ay! sonoro.

El corazón de Isidora comenzó á latir con un apresuramiento impropio de una huérfana. El, entonces, penetró en el portal.

—¡Cielos!— exclamó ella.—¿Será capaz de cruzar estos dinteles?

El jóven tiró del cordón de la campanilla, y la huérfana, presa del temor natural, corrió á abrir.

—Señorita— dijo Godofredo clavando en Isidora sus negros ojos— Yo sufro.

—Lo había adivinado— contestó ella.

—Pero siempre les he tenido miedo á estas cosas... Hoy vengo resuelto á todo.

—¿A todo?

—El dolor me enloquece. Hace cerca de un mes que llego á las puertas de esta casa sin atreverme á penetrar.

—Pero....

Godofredo, colocándose cara á la luz, mostró á la sorprendida huérfana el carrillo derecho, mientras decía con voz entrecortada por la amargura:

—El flemón lo tengo arriba, pero lo que más me duele es esta muela de abajo.

—¿Qué dice usted?— exclamó Isidora sorprendida.

—¿No es usted madame Chirot?

Isidora, al conocer el error de que había sido víctima, se dejó caer en el sofá sudando la gota gorda. Aquel no era un jóven tributario del amor: era un apreciable sujeto con dolor de muelas.

Desde entonces, cuando algun hombre mira á Isidora con interés, la desgraciada no puede menos de decir para sí:

—¡Dios mío! ¿Me amará ese jóven ó querrá que le saque alguna muela?

LUIS TABOADA.

CHULAPERÍAS

DESAHOGOS

A mi querido amigo *D. Fernando L. Real*

—Verás, la cosa fué así:
 El jueves por la mañana
 tuvimos una reyerta
 por mor de si yo ganaba
 ó dejaba de ganar.....
 El caso fué que la Ilaria
 como el que no quíe la cosa
 me dijo en pocas palabras
 que por yo ser un granuja
 no teníamos en casa
 ni pa comer. La verdá
 esto me llegó hasta el alma,
 y como percisamente
 aquella tarde en la Plaza
 de Madriz había toros,
 me fuí á ver què tal se daba
 la tarde. Se dió mu bien.
 Me vendí toas las naranjas
 y gané catorce reales.
 Es claro, yo dar pensaba
 á mi mujer to el dinero,
 pero como nunca falta
 alguien que la meta, el Chori
 y otros amigos que estaban
 vendiendo también, dijeron
 de irnos á jugar á casa
 del tío Sinforiano. Yo,
 la verdá, me repunaba
 al principio, pero el Chori
 me empezó á llamar bragazas
 y valenciano... y como uno
 tié diznidaz y tié lacha,
 claro está, me fuí con ellos.
 Nos metimos en la tasca
 á las siete y estuvimos
 jugando al dominó hasta
 lo menos las tres y media
 de la madrugá. ¡Qué mala
 suerte, chiquillo!

—¿Perdistes?

—Siete botellas. Y gracias
 á que yo me levanté
 que sino.....

—¿Tan mal te daba?

—Mu mal, y además el Chori
 que no entiende una palabra
 de dominó, toa la noche
 estuvo haciendo jugadas
 fulastres

—¡Qué primavera!

—Y que lo diga Chicharra.
 En fin que salí de allí
 sin un chavo pa mi casa
 y más azarao que Dios
 cuando está azarao. La Ilaria
 que en cuanto que me vió entrar
 ya comprendió que yo estaba
 algo julipa, se puso
 como una fiera. ¡Qué zambra
 la que allí armó!

—Siempre ha sido
 de mu mal genio la Ilaria
 —Comenzó á tirar los trastos;
 me llamó pillo, canalla,
 borracho, poco hombre... tó
 lo que á ella la dió la gana;
 luego empezó á registrarme

y al ver que no me encontraba
 ni un perro chico siquiera,
 me tiró con una plancha
 con tal furia que me hizo
 una señal en la cara.
 —¡Anda Dios! ¿Y tú que hicistes
 cuando te tiró la plancha?
 —¿Que qué hice?... Pus la cogí
 y con mucha de la pausa
 y de la tranquilidaz,
 fuí, la empeñé y... santas pascuas.

VALENTÍN MOURO.

MEMORIAS DE UN MUNDO

Sali de los Grandes Almacenes de «El Siglo» en el
 coche de la casa, deslumbrando á los transeuntes en
 el imperial.

Era yo muy fuerte, muy bonito y muy grande, y
 estaba adornado con hileras de gruesos clavos ama-
 rillos que me hacían muy vistoso.

Me llevaron á casa de un caballero que estaba en
 vispera de ser condenado á coyunda perpétua, quie-
 ro decir, que se iba á casar.

Tres días después lo verificó, y con su esposa to-
 mó el tren para pasar la luna de miel en los hoteles
 extranjeros. Esto parece ser la gran moda, el gran
chic.

Excusado es decir que yo salí con ellos.

En mis departamentos colocaron camisas, calceti-
 nes, zamarretas, pañuelos, calzoncillos, amén de ce-
 pillos, peines y otras cosas de que no guardo me-
 moria.

Me colocaron en el vagón de equipajes, y allí
 también tuve la suerte de ver otros mundos, maletas
 y sacos de viaje que habian sido compañeros míos.

Nos cerraron bien é hice el camino no oyendo más
 que el ruido del tren y el chuf—chuf de la máquina.

¡Llegamos á París!

¡París, el sueño dorado de toda mi vida, la ciudad
 del lujo y la elegancia, la Babilonia moderna, como
 la llaman los cursis!

Cuando me bajaron del tren sentí un estremeci-
 miento. Es verdad que el mozo de la estación me
 había dejado caer de un modo brutal. Gracias á mi
 fortaleza, que si no, me rompo algo.

Fuí colocado en la imperial de un ómnibus y nos
 dirigimos al Grand Hotel.

No me saciaba de admirar aquel hormiguelo huma-
 no, aquellas tiendas tan lujosas, aquella multitud de
 carruajes que iban y venían y además atropellaban.

Fuimos á parar al segundo piso de la fonda, donde
 entramos en una vasta habitación.

Mi dueño me abrió con una llave y sacó ropa blan-
 ca para mudarse.

Poco después él y su señora se fueron.

Un mes estuve allí presenciando la dicha de los
 recién casados, cosa que ya empezaba á cargarme.
 Francamente; se querían demasiado.

Cierto día ví que me preparaban con los demás
 compañeros (baules, maletas, sombrereras, etc.), para
 un nuevo viaje. ¿Donde iríamos? Mi curiosidad era
 mucha. Por fin ella le dijo á él:

—¿Y crees que nos divertiremos en Roma?

¡Ibamos á Italia y á la ciudad de los Papas! ¡Iba-
 mos á admirar los grandes monumentos que encierra
 la capital del mundo católico! ¡El Coliseo, la Basí-
 lica de San Pedro, el Vaticano, el Quirinal!... ¡Qué
 emociones para este pobre mundo!

¡Pero, oh decepción! Llegamos á Roma de noche,

BAILES DE MASCARAS



Cómo me miran todas.



—¡Pus no dice esa máscara que el otro día le dí las lentejas faltas de peso!...



—Esto está muy tronado y dificultoso, y se me figura que vuelvo a casa con patatas fritas que comí esta mañana.



—¿Me conoces, pollo?
—¡Ya lo creo! Tú eres el tabernero de la calle de la Comadre.



—¡Si me resultará de estos bailes lo que me resulté de los del año pasado?



A casa como siempre. En perfecto estado de embriaguez.

me metieron en el cuarto de la fonda y no ví nada.

También es cierto que no era cosa de que mis amos me llevasen en hombros á visitar lo más notable de la ciudad. Eso hubiera sido asimilarles á un mozo de cordel y á una moza de *cordela*.

Permanecimos dos meses allí, luego fuimos á Berlín y Viena, y por último regresamos á la madre patria por Francia.

Yo venía atestado de ropa que mis amos habían comprado, y además llevaba una cajita de alhajas y cubiertos de plata.

Una vez dentro de España, una noche en que el tren corría con toda velocidad, sentí abrirse cautelosamente el vagón, entrar un hombre y con una ganzúa abrió mi cerradura. Quise gritar, pero no pude. El muy tunante se llevó la cajita y volvió á cerrar tan fresco.

Yo iba temblando al pensar lo que se desesperarían mis dueños así que se apercibiesen.

Pero estaba escrito que no se habian de apercibir de aquel robo.

Al llegar á la estación de Madrid, dos tomadores, *Mala Cara* y *Buena Sombra*, en el tumulto que precede al registro de equipajes, cargaron conmigo y desaparecieron como un relámpago.

Mala Cara me llevaba sobre sus hombros. Yo hubiera deseado ser un mundo, un planeta de veras para aplastar á aquel San Cristóbal.

Llegamos á una calle de cuyo nombre no me acuerdo y subimos á un cuarto piso.

Allí me abrieron, y los grandes tunantazos me desocuparon, bromeándose de mis infelices y legítimos dueños.

—¿Vizte qué par de palominos atontados?—dijo *Buena Sombra*.—Cuando yo vide que estaban tan amartelaos, dije: aquí que no peço, y les *afané* el *badul*.

—¡Y qué buenas ropas tenían los muy recondenados!

—Y el *badul*, que es de los que llaman universos.

—Mundos, hombre, mundos. Ahora hay que *lavar* esta ropa.

Yo pensaba entre mí que aquellos dos *caballeros* pecaban de exceso de pulcritud, pues la ropa era la misma limpieza. Luego en el discurso de la conversación averigüé que lavar en su lenguaje quería decir vender.

Vendieron la ropa, y á mí me vendieron también á un tendero con quien estaban en relaciones para esta clase de negocios.

Fuí á parar luego á manos de un teniente de caballería muy calavera. Me tenía en su habitación como adorno nada más, pues no guardaba dentro de mí más que un cornetín de llaves y un gorro griego.

Un día de apuro me llevó á una casa de préstamos, me dejó empeñado y pegó dos bofetadas al prestamista, después de haber recibido el importe del empeño.

De allí pasé á poder de una viuda pobre que tenía un niño de pocos meses. Yo serví de cuna á aquella monísima criatura que era rubia como el oro. ¡Y con qué placer la oía reirse cuando su madre le acariciaba!

Meses después se hizo almoneda de todos los muebles para pagar no sé qué deuda, y fuí comprado por un corredor de Bolsa que deb.a salir al día siguiente para Montevideo dejando con un palmo de narices á sus clientes.

Nos embarcamos en Cadiz y quince días después sufrimos una borrasca de las más espantosas. Mi corredor lloraba, clamaba al cielo y me abrazaba nervioso. Yo llevaba dentro de mí el fruto de sus ra-

piñas.

Una inmensa ola invadió la cubierta y me arrebató de los brazos de aquel hombre.

Me hallé en medio de la mar salada y flotando, mientras que oía gritar al corredor: ¡hombre al agua! ¡hombre al agua!

Sin duda esperaba el muy pícaro con este pretexto hacer botar al agua una lancha para que me recogiesen.

El capitán por pura fórmula arrojó dos maderos y un salva-vidas desde el buque, y continuó su camino.

Yo fuí rodando, rodando por los mares; las corrientes me llevaron al cabo de Hornos, lo pasé, remonté el Pacífico y fuí á parar á una isla desierta.

Y en ella estoy esperando á que venga algún europeo á tomar posesión de las riquezas que encierro.

Si estas memorias llegan á conocimiento del público, será que ha caído en poder de algún marino la botella donde las metí hace meses y después arrojé al agua perfectamente lacrada.

DANIEL ORTIZ

Con la puerta en las narices

(INCIDENTE AMOROSO)

—Tilin, tilin.

—¿Quién?

—Amancio.

—Pues ya estamos acostadas por estar la señorita un poquito constipada.

—¡Demonio! ¡cuánto lo siento! bueno, pues... descansar

—Gracias.

¿Quiere usted que la dé algo?

—Sí, déla usted... flor de malva...

Y, como á la fuerza ahorcan, con resignación cristiana

tomé la escalera abajo

y me dirigí á la cama

con la pena consiguiente

por no haber visto á mi *Laura*.

En el trayecto que media

desde su casa á mi casa

me encontré á una *peregrina*

con unos detalles.... vaya,

que sino estuviera uno

vacunado hasta las cachas

de una abnegación á prueba

de tamañas asechanzas,

hace el más casto mortal

cualquiera calaverada.

Díceme la *peregrina*

con solícita demanda:

«oye, vida: ¿dónde vas?»

Y yo, ¡nada! ¡nada! ¡nada!

sin fijarme en sus detalles

ni escuchar una palabra;

como si fuera miope

y más sordo que una tapia.

Con que redoblé los pasos

por si el diablo al fin triunfaba.

¡Qué abnegación tan hermosa,

tiene el hombre cuando ama!...

(Si llevo á llevar dinero

triunfa al fin el diablo ¡vaya!)

JUAN PALOMEQUE

PRUEBAS FOTOGRÁFICAS

Al amigo *Rafael Calvet y Patxot*

—¡Calle! Mira quién es. ¡Mi buen Felipe! Hace un siglo que no te veo. ¿Qué haces?

—¿Qué hago? Es verdad, tú no lo sabes. Bien, amigo mío: me he casado.

—¡Casado! ¡Qué diablo me cuentas!

—Te estraña, ¿no es verdad? ¡Felipe casado! ¡El intrépido Felipe! ¿Te acuerdas de nuestras bromas? Pues bien, sí, estoy casado; casado de verdad.

—¿Y tu mujer?

—Caro amigo, es la más adorable, la más gentil mujer que he conocido; es la mujer número uno; escucha, hace diez meses que nos une indisoluble lazo... no me crearás... lo mismo que el primer día. Dos tórtolos;... palabra de honor.

—Te felicito cordialmente, amigo Felipe. ¿Con que te has casado? ¿Y el chiquitín?

—Todavía no, hombre, déjame pasar con tranquilidad mis dos añitos de luna de miel.

—Bravo, saluda de mi parte á tu cara mujercita... y dime, despues de los ratos consagrados al amor conyugal ¿qué haces?

—¡Ah! ¿no te lo había dicho? Pues no hago nada; quisiera hacer algo, cualquier cosa, pero no puedo, necesito tanto tiempo para mí... pero tengo un proyecto.

—Un proyecto; á tí lo que te han sobrado siempre han sido proyectos.

—Pero, es un proyecto practicable; ayer se lo decía á Josefina; mira, le decía, la ciudad es pequeña para nosotros, nos oprime, no cabe dentro de ella nuestro amor. Cuando se está enamorado como nosotros, cuando dos se aman como nosotros nos amamos, no hay cosa mejor que esconder nuestro amor en un pequeño nido oculto entre las hojas, con el techo cubierto de flores cuyo olor, junto con el de las vacas del vecino, recreen nuestro olfato.

Ya sabes que si la ciudad es pequeña para nuestro amor es inmensamente grande para nuestra bolsa; con mis cien pesetitas de renta viviremos en el campo cómodamente. Yo conozco algo la fotografía; trataré al alcalde, á los concejales, al pregonero..... en fin, algo se ganará más.

—¿Y qué ha contestado tu mujer?

—¡Y qué había de contestar! Ha saltado llena de júbilo, me ha abrazado, me ha besado y ya está arreglando los baules.

—Entonces es cosa hecha; vas á esconder tu amor en el bosque.

—Lejos de los hombres: estamos preparados, hoy mismo nos marchamos, he alquilado un chalet á muy bajo precio. ¿Quieres acompañarnos?

No ví á Felipe hasta pasados seis meses. Ya casi le había olvidado cuando una mañana se presentó en mi casa.

—Abre, soy yo, tu antiguo amigo.

Me estrechó en sus brazos, dió dos ó tres vueltas alrededor de mi cuarto hasta que me dijo:

—Te llevo conmigo.

—¿A dónde?

—A mi nido; verás mis gallinas, mis patos; tengo dos, pero pronto tendré tres.; mas temo que no podrán bañarse juntos en el estanque; no cabrán. Verás á mi mujer, si no te enamoras podrás decir que tienes el corazón blindado. Lo verás todo, yo arreglo mis patatas, riego mis flores, y... ejerzo de fotógrafo.

—Estás muy ocupado.

Buscó en sus bolsillos y me enseñó dos pruebas fotográficas de pequeñas dimensiones.

—Mira, las he traído para animarte á venir. ¿Qué

me dices? Es uno de mis mejores trabajos.

Eran un poco negras, pero con un poco de imaginación y otro poco de buena voluntad podía verse una fachada de un chalet rodeada por una hiedra, y un balcón en el que se distinguía una esbelta figura de mujer.

—Esta es la fachada Sur, con su balcón, ¿no te gusta? ¿Y de mi mujer, qué me dices? Porque esta es mi mujer. Ella adora este balcón de una manera increíble. Figúrate... la otra tarde volvía yo con mi aparato de una casa de campo donde había fotografiado al amo, un caballo, dos gallinas y otros animales. Desde lejos divisó á mi mujer en el balcón, me escondo entre unas zarzas, preparo la máquina y en un minuto estuvo hecho; ella nada sospecha y pienso el día de su cumpleaños ofrecerle una magnífica vista debidamente ampliada.

Desgraciadamente una mancha negra se nota en cada una de las dos pruebas á la altura del hombro de la mujer de mi amigo, rozando con su mejilla izquierda; he probado de hacerla desaparecer, pero en vano.

—Vamos, haz tu maleta: unos calcetines, varias camisas, unos pañuelos; ya te prestaré mis zapatillas.

—Verdaderamente, eres feliz.

—¿Feliz?; el más venturoso de los mortales.

De pronto una nube obscureció su semblante.

—¿Hay alguna sombra en el sol de tu felicidad?

—Si; me respondió, me falta un aparato para ampliar fotografías.

—Vaya una gran cosa, ¿Y cuánto cuesta eso?

—Ah ¡si yo tuviese tan solo doscientas pesetas!

—Tómalas.

Quiere rehusarlas, pero yo le obligo á aceptar y entonces casi me ahoga entre sus brazos, salta, brinca, se sienta, se levanta, se me figuraba que se había vuelto loco.

—Tengo una ida; vamos juntos á comprar el aparato. Lo llevaremos con nosotros.

Nos encaminamos á casa de un fotógrafo que los vendía. Antes de pagar uno que compramos se le ocurre á Felipe otra idea, y fué probar allí mismo el aparato. Lo dispuso convenientemente, buscó en sus bolsillos una de las pruebas que me había enseñado antes y comenzó la operación.

—¡Ya estamos! gritó con acento de triunfo.

Y me enseñó la prueba.

—Lástima que esta mancha negra....

—Es verdad, pero espera... voy á ver... pero ¡caracoles! exclamó, y sus ojos espresaban el más grande de los asombros.

Miré con atención y ví que la mancha negra de la pequeña prueba, se había convertido, en la ampliación, en una teresiana galoneada, debajo de la cual aparecía un simpático rostro de retorcido bigote.

En fin, que la famosa mancha negra era ni más ni menos que todo un teniente de caballería.

SNOP. A.

Mis tres niñas

Ten calma y resignación;
No muestres, niña, tu enfado
Antes que mi corazón
Te confiese su pecado;
Es el pobre tan cobarde
Que si enfadada te viera
Quizá no te lo dijera
O te lo dijera tarde.
De confesártelo dudo,

MATRIMONIOS ARISTOCRÁTICOS



¿Dos meses de casados nada más,
y caminan tan serios por la calle?
Esto quiere decir que antes de poco
habrá toros y cañas y otros lances.



—Pues, chicas, vamos al restaurant y allí...
—Allí ¡justo! Allí te comemos cou trufas.

Quiero empezar y no puedo
Porque ¡Dios mío! si sudo,
Solo al pensarlo, de miedo!

II

Hice exámen de conciencia
Humildemente, y después
Para implorar tu clemencia
Me postro niña á tus pies,
Y empiezo mi confesión:
Sé indulgente, no me riñas
Confieso que amo á tres niñas
Con todo mi corazón.
¿Derecho al infierno iré,
Dices, si no me arrepiento?
Pues, hija mía, lo siento,
Más no me arrepentiré.
¡Si las vieras! ¡Son tan bellas!
¡Tan lindas son, tan hermosas!
Que comparadas con ellas
Parecen feas las rosas:
Las amo con frenesi;
Si me faltara su amor
¡Ay Dios! ¿Qué fuera de mí?
Me mataría el dolor.
Son causa de mis desvelos
Las quiero más que á mi vida...
¡Mas qué veo! ¿tienes celos?
No tengas celos, querida,
Desecha por Belcebú,
Dolores, tales enojos
Porque una niña eres tu,
Las otras, las de tus ojos.

III

Hecha ya mi confesión,
Postrado como me ves,
Espero la absolución
De rodillas y á tus pies.

J. DE LA CUESTA



BARCELONA

En el teatro del Circo Barcelonés actúa una discretísima compañía de zarzuela que canta todo nuestro antiguo y buen repertorio. ¿Porqué la concurrencia es escasa? Caprichos del público. Nosotros aconsejamos á las personas que deseen oír una buena música y pasar un rato agradable, que concurren al teatro indicado.

Con motivo de tener que adelantar el tiraje del número pasado no pudimos dar cuenta á nuestros lectores de *El Fantasma de los aires*, zarzuela estrenada en Eldorado la semana anterior.

La música y las decoraciones merecen oírse y verse respectivamente. La letra es de munición. Tres autores se han juntado para escribir esa zarzuela, y todavía les suministró el argumento Julio Verne.

Otra cosa. El duo de los borrachos, cuya música (de Chapi) es bonitísima y se pega al oído, nos hizo el efecto de una escena de clowns. No hay necesidad de revolcarse por el suelo, señores Palmada y Cerbón. Y si los autores lo dicen, en la discreción de ustedes está corregir á los autores.

También, al menos la noche del estreno, se equivocaban mucho los actores.

De todos modos, la obrilla dará muchas entradas.

En el teatro Principal se ha presentado una compañía inglesa que no ha dado gusto á los señores.

Una aclaración nos pide nuestro crítico madrileño *Tartarin*. En uno de los números pasados se comieron los cajistas un párrafo que se refería á la *reprise* de *D. Alvaro*, y resultó que al hablar de las decoraciones de este drama parecía que se refería nuestro crítico á las de *El haba de S. Ignario*. Complacido queda el amigo *Tartarin* y cedámosle ahora la palabra.

DESDE MADRID

ESPAÑOL.—Ricardo Calvo, entusiasta admirador de las joyas literarias, ha tenido el buen pensamiento de poner en escena la graciosísima comedia de D. Narciso Serra, *La calle de la Montera*. El numeroso y distinguido público que acude á celebrar dicha comedia, tributa justos elogios á los actores encargados de su interpretación.

La empresa, que de acuerdo con su autor, ha suspendido el estreno de *La puente y el vado*, hará seguir las representaciones de *La calle de la Montera*, á instancia de los que aun no han podido verla.

COMEDIA.—Ha vuelto á ingresar en la compañía que actúa en este teatro, la señorita Guerrero. La noche del 29 de Enero, debutó con *El cura de Longueval*, interpretando muy bien el papel de Betty.

PRINCESA.—Se ha suspendido el estreno de *Thermidor*, hasta el día 5, por creer que no estaba aun bien ensayado.

ZARZUELA.—Estreno de la en tres actos *La bala del rifle*, letra de D. Federico Jaques, música de D. Ruperto Chapi.

El libro carece de interés y de *vis cómica*, siendo á nuestro juicio una equivocación del señor Jaques, que en otras ocasiones ha dado muestras de fino ingenio.

Tampoco el maestro Chapi ha estado á la altura que otras veces; verdad es que el libro no da ocasión para ello, pero resultó la música agradable y con algunos números muy originales.

Los aplausos han sido para el señor Chapi, Amalio Fernandez—que ha pintado dos decoraciones de buen efecto—y la señorita Soler Di Franco; el señor Jaques y el resto de la compañía han cobrado el precio de sus trabajos con el silencio.

En resumen: *La bala del rifle*, es una zarzuela mediana, pero que, gracias á la empresa ha sido un fracaso para sus autores, pues la *claque* atronó al público, con sus ¡bravos! y aplausos, en los finales del primer y segundo acto, en los cuales hicieron salir á los autores al palco escénico, resultando al final que como habían agotado las fuerzas, cayó el telón en medio de un silencio sepulcral.

APOLO.—*El camino del paraíso*, zarzuela en un acto. Más bien que *camino del paraíso*, podíamos llamarle del *limbo*, pues ni hay argumento, ni forma, ni chistes, ni traza de zarzuela; es, en fin un jeroglífico indescifrable. La música es *algo pasadera*, pero es tan fatal el libro que borró las *bellezas* de la partitura.

Al final, la lucha de costumbre entre el público verdad y la *claque*, que sufrió una derrota en toda línea. La empresa no escarmienta y todo su interés estriba en hacer tragar al público tonterías como *El camino del paraíso*, de la cual es autor el señor Caba.

Y ¿quién es el señor Caba? preguntarán mis queridos lectores. Voy á presentarle.

Es un cómico de la compañía del teatro en cuestión, en la cual se encuentra por casualidad y en la que jamás hizo cosa buena. Ahora bien; alentado al ver que el señor Dalmau arregló *La manzana del paraíso*,—muerta el día de su nacimiento—ha tenido el atrevimiento de presentar ante un numeroso y distinguido público, la tontería ya citada.

La obra ha sido retirada de los carteles. Se dice que al señor Caba le van á regalar una medalla para conmemorar el éxito de *El camino del paraíso*; si como creo, se realiza este pensamiento, deben de ponerle en el anverso esta inscripción:

Ne sutor ultra crepidam.

TARTARIN.

Madrid 3 de Enero de 1891.

MISCELANEA

Un tomador que tenía buena ropa, fué equivocadamente convidado á un baile que daba una gran señora.

—Tome V. algo—le decía ésta al fijarse en que el convidado no tomaba siquiera una taza de té.

—No sé si debo...

—Caballero, tome V. algo; yo se lo suplico.

—Bueno, pues ya lo haré al salir.

Y efectivamente, al marcharse tomó... el gabán del dueño de la casa.

Epitafio

En no se cuál de estas losas
descansa el hombre más vil.
Le mataron las esposas...
¡que le colocó un civil!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA

En un tribunal.

El juez.—¿Porqué robó V. á la víctima después de matarla?

El acusado.—Porque lo natural es desplumar á la gallina después de muerta.

En un teatro.

—Acomodador, ¿me podría V. decir por dónde se va á mi asiento?

—Al asiento de V. no lo sé, pero al asiento del público se va por aquel corredor. Ya verá V. el número 100 á la entrada.

No tomes nunca, niña,
media tostada,
que así empezaron muchas
desventuradas.

—¿Cuánto me presentas á tu amigo X.?

—¿Y para qué quieres que te presente?

—Porque me han dicho que es todo un caballero.

—¡Ah, sí! efectivamente. Ha asistido durante seis años á la escuela de equitación.

—¿Dónde se calza V., D. Sisebuto?

—En casa. Si saliera á calzarme á la escalera, me constiparía.

—Muy buenos días.

—Muy buenos los tenga V.

—Soy el inquilino de la casa que tiene V. en el Paseo de Gracia.

—Ya lo sé.

—Corriente. Pues venía á decir á V. que cuando llueve se me moja la sala. Hay muchas goteras.

—¿Y qué? Yo le he alquilado á usted la casa con agua ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues... cumplo mi compromiso.

Al glotón Perico Abad
le acaban de hacer ahora
miembro de la *Sociedad
protectora*

Y aseguran que devora
seis pavos por Navidad...
¿Que dirá la *protectora
Sociedad?*

Pensamientos.

El amor es como el cólera: para saber que existe, es necesario que se declare.—*Eusebio Blasco.*

Obras son amores y no buenos autores.—*Arderius.*

Debe y no pagues, que somos mortales.—*Manuel del Palacio.*

Moraleja

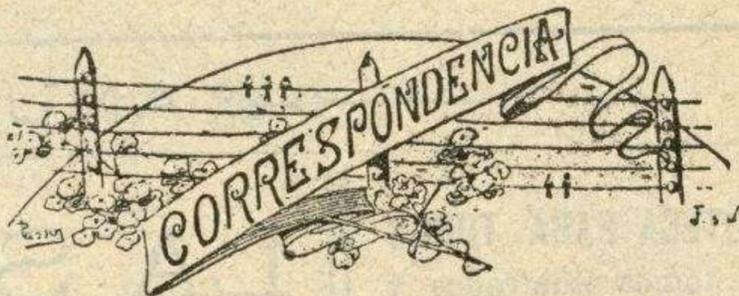
Por andar por la calle de Sevilla,
Un catarro cogió D. Juan Astilla,
Y por sentarse al lado de brasero
Un dolor de cabeza Don Severo.
Lo cual prueba á las claras, lector mio,
Que el calor es tan malo como el frío.

MACALATE

—¿Sabes, Gedeón, aquellos magníficos calzoncillos que compré? Pues los he perdido.

—¿Y los llevabas puestos?

—¡Cernicalo!



Mundo Listo.—¿Con que es V. tímido hace 22 años? Pues cuéteselo V. á su papá. Lo que yo siento es que *El Diluvio* le haya dado á V. aire publicando una sandez que V. le ha remitido.

X. Y. Z.—Una de ellas puede ser que vaya.

Teodorito.—Lo publicaré.

S. L. A.—Irá las *Triquiñuelas.*

Malacate.—Irá la *Moraleja.*

Cucufate. Irá parte.

J. B. y B.—No sirve.

Un literato clásico. (Toledo).—¡Vaya si tardaré en publicarlo! Una eternidad.

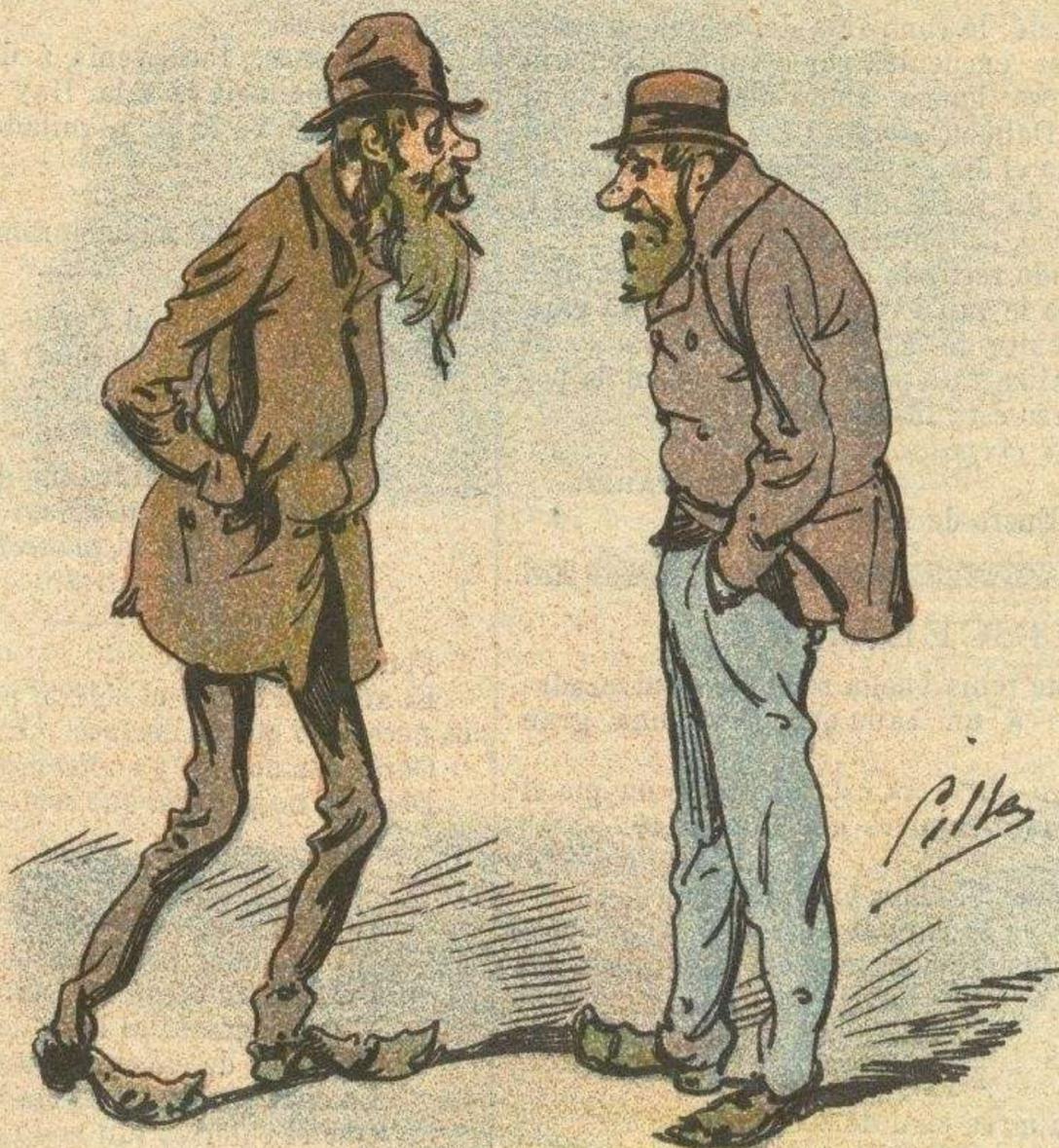
N. G. V.—Recibida. No sé cuando la publicaré. Corrija la otra.

Sinforianito.—Como la carta era incorrecta y no se compaginaba con los versos por eso lo dije. Veré despacio lo que me envía.

Madrid, Faustino Gimeno.—Enviado la lámina 4 del corriente.

Fitero, Rufino Maculet.—Enviado su pedido de lámina y litros á del corriente.

Talavera de la Reina, Jacinto Bonillos, remitido el número que me pedía en el paquete semanal.



—Vuelven á subir los cambios sobre París.
 —¿Y á tí, qué te importa?
 —Que estoy dando sablazos á un francés y busca ese pretesto para ponerse al quite.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
 FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
 Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 céntos. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 40 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo